

« *Hermes : el gran mensajero cojitranco* » (sobre Michel Serres, *Hermes I. La comunicación*), revista *Archipiélago*, 1998, n°34-35, pp.222-223.

Inexplicablemente, la integralidad de la obra *Hermes* sigue sin ser traducida al español, habiendo ya transcurrido más de quince años desde la publicación del quinto y último de los libros que lo componen¹. La traducción de *La comunicación*, primer jalón de esta obra magna de Michel Serres, es todo un acontecimiento esperado que hay que saludar con sumo interés y atención.

¿Qué se propuso Serres en *Hermes*? Contrariamente a una comprensión precipitada de la obra basada en cierta etimología, no se propuso reescribir una nueva hermeneútica. El dios griego Hermes transporta mensajes, codifica y descodifica, traduce un código en otro, pero es él ante todo un mensaje en sí mismo. Hermes - y es el mismo autor quien lo afirma en *La distribution* - es lo dado, lo que pasa y se da ahí, no delante de nuestros ojos puesto que estos son ya una criba tranquilizadora de la multiplicidad sensible, sino, por así decirlo, "antes" de que ellos la tamicen con su engaño autoprotector. Como lo repetiré en varias ocasiones, la racionalidad es una isla inmersa en un mar de caos, de ruido y de entropía. Es en este sentido que Serres pretendió romper con la fenomenología, (todo hay que decirlo, no estaba solo en este empeño por aquella época; léase sino *Empirismo y subjetividad* de Deleuze, e incluso algunos textos de Derrida), y de donde proviene en buena medida la magnitud e importancia de su desafío filosófico. Al Merleau-Ponty de *La fenomenología de la percepción* reprochará en varias ocasiones su pérdida de las cosas, es decir, de los colores, de los aromas, del mar, de los huracanes y vientos, de los seres vivos. La vuelta a las cosas, estandarte programático de la fenomenología husserliana, se había convertido a su entender en una herborización, en una desecación de esas mismas cosas.

¹. *Hermès I. La communication*, Minuit, 1969; *Hermès II. L'interférence*, Minuit, 1972; *Hermès III. La traduction*, Minuit, 1974; *Hermès IV. La distribution*, Minuit, 1977; *Hermès V. Le passage du Nord-Ouest*, Minuit, 1980.

Volver a ellas tenía que suponer entonces tomar en serio la constatación siguiente: hay multiplicidades. Sean cosas o saberes, ellas proliferan, se comunican, interfieren entre ellas, se traducen a sí mismas, se distribuyen, forman pasajes entre ellas. Esta es la ontológica topológica que pretende poner en marcha a lo largo de esos cinco libros. Lo que Serres llamará ya a comienzos de los años sesenta una red o nube (todo un pionero en este sentido) es una multiplicidad irreductible a la lógica binaria y a la dialéctica. Esta propuesta, por otro lado, la hará desde una argumentación más leibniziana que la de Deleuze, que parte al fin y al cabo del problema del tiempo y de los *Datos inmediatos de la conciencia* de Bergson. Por cierto, no deja de ser más que curioso el hecho de que por esas mismas fechas, y esta vez desde una comprensión heterodoxa de Hegel, un pensador alemán, Adorno, establezca las bases de una crítica de la idea de totalidad, sustituyéndola en cierto modo por la de constelaciones, gracias a una dialéctica, esta vez negativa. Los tanques soviéticos habían pasado por Budapest... prueba de que la batalla filosófica por la multiplicidad (nada que ver con la de un pluralismo bienpensante) era todo menos un pasatiempo teórico.

En cualquier caso, podemos apreciar la ambigüedad problemática de la apuesta. Se salía de la fenomenología pero desde ciertos presupuestos fenomenológicos: simplemente se trataba de dar una vuelta más radical a la tuerca y a la maquinaria pesada puesta en funcionamiento por Husserl. Si la tarea de Adorno era ante todo crítica pero perdía la realidad múltiple (por esta vía, sea dicho de paso, y ayudado de un Cioran nihilista, se adentrará el primer Savater: martillar el Todo, todo, para al final, en los años ochenta, quedarnos con el individuo...), la tarea de Serres era, e incluso ha llegado a acentuarse con el paso del tiempo, eminentemente descriptiva e incluso narrativa. Por obra del primero de estos rasgos perdía en cierto modo el elemento crítico, sobre todo en un plano ético-político, y por obra del segundo, lo que es aun más grave, se desproveía del poder de acuñar conceptos. El verbo y la acción filosófica se adentraban en los terrenos del comentario... De ser un magnífico explorador de mundos, Serres se ha ido convirtiendo con el paso del tiempo en un magnífico comunicador televisivo (véanse sino los programas científicos que alienta

en Francia), algo todo y cuando bastante más digno que un simple divulgador, y en un solapado biógrafo de sí mismo.

Si la aportación conceptual más valiosa de Serres es la de red, delineada ya en su espléndido libro sobre Leibniz, la apuesta intelectual más ambiciosa es la de fundamentar un nuevo espíritu científico que vaya más allá del propuesto en su día por Bachelard: un nuevo clasicismo que reconcilie la verdad con el sentido, recobrando lo que de este último se pierde en el ímpetu formalizador del viejo clasicismo. Esta recuperación sería posible gracias a la complementariedad de una imaginación material y de una imaginación formal, situadas ambas en el seno de un pluralismo enciclopédico que integrase en una sola unidad abierta en forma de red plural, y no circular como en Hegel, los distintos saberes y ciencias, los mitos, las religiones, los relatos, etc.

Serres no ha pretendido nunca ser un filósofo *de* la ciencia. Nada se puede hallar en su obra que represente un puro interés erudito. Su formación inicial bascula entre la Escuela naval (ciencia), la Escuela normal (matemáticas y estudios clásicos), y la filosofía a la que siempre estará ligado. Convulsionado por la bomba de Hiroshima - "el único objeto de mi filosofía", dirá en una ocasión- Serres se aprestará a navegar literalmente por entre las aguas inciertas de esos saberes, en un combate constante contra la "tanatocracia" de la ciencia triunfante y contra la compartimentación de las disciplinas. Es en este contexto de revuelta contra una ciencia mortífera y ciega en el que hay que encuadrar su pretensión de trazar y de efectuar realmente el paso del noroeste, enlace sinuoso y laberíntico al norte del Canadá entre el oceano Pacífico y el Atlántico que simboliza *materialmente* para Serres los múltiples pasajes entre las ciencias naturales y las ciencias del espíritu. La frontera entre la explicación y la comprensión, instrumentos heurísticos que según Dilthey caracterizaban, respectivamente, a cada una de ellas, sería así franqueada. Michel Serres se valdrá básicamente para ello de la teoría de la información y del estructuralismo (dos compañeros de viaje estimulantes y potentes pero envejecidos más tarde por el nuevo decurso de las ciencias) para compensar el romanticismo de Bachelard y el camuflado positivismo decimonónico de Bergson. Los conceptos de ruido, de código, de estructura, de comparativismo, serán utilizados con profusión a lo largo

de *Hermes* , sobre todo al principio, unas veces con resultados enriquecedores, otras veces con resultados más bien discutibles. Buen ejemplo de esto último es su uso un tanto desbordante del comparativismo de Dumézil, y en general los riesgos que comporta toda puesta en paréntesis de la historicidad de los componentes culturales.

Este primer volumen de *Hermes* —a pesar de su carácter inicialmente fragmentario, constituido de artículos diversos— es desde luego uno de los más logrados de los cinco que componen la obra. En él se alían y concilian el rigor conceptual y el aliento imaginativo, la fineza del análisis y la brillantez de las intuiciones, como lo muestran en lo primero sus ensayos sobre Descartes y sobre las matemáticas, y en lo segundo los textos consagrados a Foucault o a Julio Verne, adelanto este último de lo que será su obra de referencia en el campo de la crítica literaria, *Jouvences sur Jules Verne*. Que la ambición de Serres se haya quedado a mitad de camino es algo que aquí sólo podemos insinuar. En cualquier caso, el gran vuelo de su proyecto merece ya de entrada una lectura obligada de su obra. Esperamos más traducciones...

Ricardo Tejada